

si la ocasión no les es propicia, se debilitan. Los deberes nunca son tan enérgicos como cuando cuesta cumplirlos. Yo deseo un principio de gobierno que se engrandezca en la desgracia, porque tendrá mucha semejanza con la virtud.

» ¡Qué cosa más absurda que decir a los pueblos: «No os sacrificuéis; no tengáis entusiasmo; no penséis más que en vuestros intereses!» Esto sería igual que decirles: «No acudáis a nuestro auxilio; abandonadnos, si así conviene a vuestros intereses.» Con semejante política, cuando llegue el instante del peligro, cada cual cerrará su puerta, se asomará a la ventana, y verá morir la monarquía.»

El 3 de diciembre de 1819 en la Cámara de los Pares, hablé contra los malos franceses, que podían acarrearlos, por motivos de tranquilidad, la vigilancia de los ejércitos extranjeros. «¿Tenemos, acaso, necesidad de tutores? ¿Por qué se nos habla de circunstancias? ¿Estamos en el caso de recibir, por medio de notas diplomáticas, certificados de buena conducta? ¿O es que hemos admitido, en relevo de una guarnición de cosacos, otra guarnición de embajadores?»

Desde entonces he hablado de los extranjeros como hablé después de la guerra de España. Yo soñaba con la independencia de nuestra patria hasta un punto en que los mismos liberales me combatían. Los hombres opuestos en opiniones meten mucha bulla para llegar hasta el silencio. Dejad que pasen algunos años, y los actores se retirarán de la escena sin contar con espectadores que los silben o aplaudan.

AÑO DE MI VIDA 1820. — MUERTE DEL DUQUE DE BERRY. — NACIMIENTO DEL DUQUE DE BURDEOS. — LAS MUJERES DEL MERCADO DE BURDEOS. — HAGO ENTRAR AL SEÑOR DE VILLELE Y AL SEÑOR DE CORBIERE EN SU PRIMER MINISTERIO. — MI CARTA AL DUQUE DE RICHELIEU. — BILLETE DEL DUQUE DE RICHELIEU Y MI RESPUESTA. — BILLETE DEL SEÑOR DE POLIGNAC. — CARTA DEL SEÑOR DE MONTMORENCY. — SOY NOMBRADO EMBAJADOR EN BERLÍN.

Acababa de acostarme el 13 de febrero, cuando entró en mi cuarto el marqués de Vibraye para comunicarme el asesinato del duque de Berry. En su precipitación no me dijo el lugar donde había ocurrido el suceso, y, levantándome

me precipitadamente, me metí con él en su coche. Quedé sorprendido al ver al cochero que tomaba la calle de Richelieu, y más me admiré aún cuando paramos en la Opera, en cuyos alrededores la muchedumbre era inmensa. Subimos por entre dos filas de soldados, que nos dejaron pasar porque llevábamos el uniforme de Pares. Llegamos a una especie de antecámara pequeña, donde estaba toda la servidumbre de palacio, y deslizándome hasta la puerta de una habitación, me encontré frente a frente con el duque de Orleans. Me sorprendió ver en él una expresión mal comprimida de júbilo, a través del continente contrito que se imponía; ya veía desde más cerca el trono: mis miradas le embarazaron, y, dejando el puesto, me volvió la espalda. A cada persona que salía del laboratorio ensangrentado se pedían noticias, y se escuchaba al general A. de Girardin, que fue dejado por muerto en el campo de batalla, y no por eso dejó de curar de sus heridas: unos esperaban y se consolaban; otros se affigían, y pronto quedó la multitud en el mayor silencio. Del interior de la sala salió un rumor sordo, y aplicando mi oído a la puerta, distinguí claramente el estertor: cesó el ruido: ¡la familia real acababa de recibir el postrer suspiro de un nieto de San Luis! Yo entré inmediatamente.

Figúrese el salón de espectáculos vacío, después de la catástrofe de una tragedia, el telón levantado, la orquesta desierta, apagadas las luces, las máquinas inmóviles, las decoraciones fijas y ahumadas, los cómicos, los cantantes, las bailarinas desaparecidos por los bastidores y pasajes secretos.

En un libro aparte he publicado la vida y la muerte del señor duque de Berry. Mis reflexiones de entonces son aún hoy día verdaderas:

«Un hijo de San Luis, último vástago de la rama primogénita, escapa a las vicisitudes de un prolongado destierro, y vuelve a su patria, donde comienza a gustar de la felicidad y se congratula por ver renacer la monarquía en los hijos que Dios le promete. De repente es herido en medio de sus esperanzas, casi en los brazos de su esposa. ¡Va a morir! ¿No podría acusar al Cielo, preguntándole por qué le trata con tanto rigor? ¡Ah, muy perdonable le hubiera sido quejarse de su destino! Porque, en fin, ¿qué mal hacía? Vivía familiarmente entre nosotros, en una sencillez perfecta, y se

mezclaba en nuestros placeres y consolaba nuestros dolores: seis de sus parientes han perecido ya, ¿por qué matarlo también a él, inocente, tan lejos del trono, y veintisiete años después de la muerte de Luis XVI? ¡Conozcamos mejor el corazón de un Borbón! Este corazón, partido por el puñal, jamás tuvo contra nosotros el más leve murmullo, ni jamás ha expresado un sentimiento de la vida ni una palabra amarga. ¡Esposo, hijo, padre y hermano, presa de todas las angustias del alma, de todos los sufrimientos del cuerpo, no cesa de pedir gracia para el *hombre* a quien no llama siquiera su asesino! El carácter más impetuoso se convierte de pronto en el carácter más dulce. Es un hombre apegado a la existencia por todos los lazos del corazón; es un príncipe en plena juventud; es el heredero del más hermoso reino de la tierra el que expira, y, sin embargo, diríais al verle que es un infeliz que nada pierde aquí abajo.»

El asesino Louvel era un hombrecillo de aspecto sucio y asqueroso, como se ven millares de ellos en las calles de París. Es muy probable que Louvel no formase parte de ninguna sociedad; era de una secta, pero no de un complot; pertenecía a una de esas conjuraciones de ideas, cuyos miembros pueden reunirse algunas veces, pero que obran más frecuentemente uno a uno, según su impulso individual. Su cerebro nutría un solo pensamiento, igual que un corazón que alimenta una sola pasión. Su acción era consecuente con sus principios, y habría querido matar la raza entera de un solo golpe. Louvel tiene admiradores lo mismo que Robespierre. Nuestra sociedad material, cómplice de toda empresa material, destruyó pronto la capillaalzada en expiación de un crimen. Tenemos el horror del sentimiento moral, porque en él se ve el enemigo y el acusador: las lágrimas habrían parecido una recriminación, y se habían apresurado a quitar a algunos cristianos una cruz para llorar.

El 18 de febrero de 1820, *El Conservador* pagó el tributo de su sentimiento a la memoria del duque de Berry. El artículo concluía con este verso de Racine:

Si du sang de nos rois quelque goutte échappée!

¡Ay, esta gota de sangre se consume en tierra extranjera!

El señor Decazes cayó. Se impuso la censura, y, a pesar del asesinato del du-

que de Berry, voté contra ella; y no queriendo que *El Conservador* se manchase con ella, puse término a esa publicación por este apóstrofe al duque de Berry:

«¡Príncipe cristiano, digno hijo de San Luis! ¡Vástago ilustre de tantos monarcas, antes que hayáis bajado a la última morada, recibid nuestro postrer homenaje! Gustabais y lelais una obra que la censura va a destruir, y algunas veces nos habéis dicho que esa obra salvaba al trono; pero, ¡ay, no hemos podido salvar vuestros días! Vamos a dejar de escribir en el momento en que vos dejáis de existir, y así tendremos el doloroso consuelo de unir el fin de nuestros trabajos al fin de vuestra existencia.»

El duque de Burdeos vino al mundo el 29 de septiembre de 1820. El recién nacido fue llamado el *hijo de Europa* y el *hijo del milagro*, mientras llegaba a ser el hijo del destierro.

Algún tiempo antes del alumbramiento de la princesa, tres mujeres del mercado de Burdeos, en nombre de todas sus compañeras, quisieron regalarle una cuna, y me eligieron a mí para que las presentara, a ellas y a su cuna, a la señora duquesa de Berry. Las mujeres Dasté, Durantón y Aniche me hablaron del caso, y yo me apresuré a solicitar a los gentileshombres de servicio la audiencia de etiqueta; pero el señor de Sèze creyó que le correspondía semejante honor. Estaba decidido que yo no haría nunca negocio en la corte, y como aun no estaba reconciliado con el ministerio, no parecí digno del cargo de introductor de mis humildes embajadoras.

Este asunto se convirtió en un negocio de Estado, del cual se ocuparon los periódicos: las damas bordelesas tuvieron conocimiento de ello, y me escribieron con este motivo la carta que sigue:

Burdeos, 24 de octubre de 1820.

«Señor vizconde: Le debemos gratitud por la bondad que ha tenido usted de poner a los pies de la señora duquesa de Berry nuestra alegría y nuestros respetos; por esta vez, al menos, no se le habrá a usted impedido el ser nuestro intérprete. Nos hemos enterado con la mayor pena del escándalo que el señor conde de Sèze ha dado en los periódicos, y, si hemos guardado silencio, es porque hemos temido disgustarle a usted. Sin em-



bargo, señor vizconde, nadie mejor que usted puede rendir homenaje a la verdad, sacando del error al señor de Sèze sobre nuestras verdaderas intenciones en la elección de un introductor cerca de S. A. R. Le prometemos declarar en el periódico que usted quiera todo lo que ha pasado; y como nadie tenía el derecho de elegirnos un guía, y como hasta el último momento nos congratulábamos con que usted desempeñaría ese papel, lo que nosotras declararíamos sobre este punto sería lo necesario para hacer callar a todo el mundo.

»A esto estamos decididas, señor vizconde; pero hemos creído que es nuestro deber no hacer nada sin el parecer de usted. Cuente con que publicaríamos de todo corazón los buenos procederes que ha tenido usted con todo el mundo sobre el asunto de nuestra presentación. Si nosotras somos la causa del mal, aquí estamos dispuestas a repararlo.

»Somos y seremos siempre, señor vizconde, sus humildes y respetuosas servidoras.

»DASTÉ, DURANTÓN, ANICHE.»

A estas generosas mujeres, que tan poco se parecían a las grandes señoras, respondí en estos términos:

«Les doy gracias por la oferta que me hacen de publicar en un periódico todo lo que ha ocurrido relativamente al señor de Sèze. Son ustedes unas excelentes realistas, y yo también soy un buen realista; pero debemos acordarnos, ante todo, de que el señor de Sèze es un hombre respetable, y que ha sido el defensor de nuestro rey. Esta hermosa acción no se borra por un leve movimiento de vanidad; así, pues, guardemos silencio, pues me basta el buen testimonio de ustedes para con mis amigos. Ya les di las gracias por sus excelentes frutos: la señora de Chateaubriand y yo comemos todos los días sus castañas hablando de ustedes.

»Mi mujer les dice mil cosas, y yo soy su servidor y amigo de ustedes.

CHATEAUBRIAND.»

París, 2 de noviembre de 1820.

Pero, ¿quién piensa hoy en estos pequeños incidentes? Las alegrías y las fiestas del bautismo están lejos y detrás de nosotros. Cuando nació Enrique el día de San Miguel, ¿no se afirmaba que el arcángel iba a poner el dragón a sus pies?

Es de temer, por el contrario, que la ardiente espada se haya desenvainado para hacer salir al inocente del Paraíso, y para guardar sus puertas contra él.

El asesinato del duque de Berry había producido la caída del señor Decazes, lo cual no sucedió sin disgustos. El duque de Richelieu no consintió en afligir a su viejo amo sino después de una promesa del señor Molé de dar al señor Decazes una misión lejana. Salió para la embajada de Londres, en que yo debía reemplazarle. Pero nada estaba terminado; el señor de Villele permanecía retirado con su fatalidad, el señor de Corbiere. Yo también, por mi parte, presentaba un gran obstáculo; la señora de Montcalm no cesaba de comprometerme a la paz, para lo cual me encontraba yo muy dispuesto, queriendo sinceramente salir de los negocios que me acosaban y hacia los que sentía un soberano desprecio. El señor de Villele, aunque más dócil, no era fácil de manejar.

El señor de Villele reunía precisamente las cualidades que le presentaban abierto el camino, y dejaba hacer ruido a su alrededor, para recoger el fruto del espanto que se apoderaba en la corte. Algunas veces pronunciaba discursos belicócos, pero donde algunas frases dejaban traslucir la esperanza. Yo pensé que un hombre de su especie debía comenzar por entrar en los negocios, de cualquier modo que fuera. Me parecía que le era necesario primero ser ministro sin cartera, a fin de poder obtener un día la presidencia misma del consejo. Esto le daría un renombre de moderación, y se haría notorio que el jefe parlamentario de la oposición realista no era un ambicioso, toda vez que consentía, por amor a la paz, en hacerse tan pequeño. El hombre que ha sido ministro una vez, no importa cómo, lo vuelve a ser, pues un primer ministerio es el escalón del segundo, y queda sobre el individuo que ha vestido el uniforme *bordado* un olor a *cartera*, que hace que, tarde o temprano, se le vuelva a encontrar.

La señora de Montcalm me había dicho de parte de su hermano que ya no había ministerio vacante; pero, que si mis dos amigos aceptaban entrar en el consejo como ministros de Estado sin cartera, el rey quedaría muy satisfecho, prometiendo más para lo sucesivo: la ilustre dama añadió que si yo quería retirarme, sería enviado a Berlín. Yo le contesté que en cuanto a mí, siempre es-

taba dispuesto a marchar; pero que no aceptaría un destino si el señor de Villele no aceptaba su entrada en el consejo. También hubiera deseado colocar al señor Lainé cerca de mis dos amigos, y me encargué de la triple negociación. Yo me había hecho el señor de la política francesa, por mis propias fuerzas, y nadie duda que fui yo el que hizo el primer ministerio del señor de Villele, y el que empujó al corregidor de Tolosa en la carrera.

Encontraba en el carácter del señor Lainé una obstinación invencible. El señor de Corbiere no quería una entrada simple en el consejo, pero yo lo contemplaba, con la esperanza de que obtendría la cartera de instrucción pública. He aquí las pruebas irrecusables de lo que acabo de contar: documentos fastidiosos sobre hechos justamente pasados en olvido, pero bastante útiles a mi propia historia:

«20 de diciembre, a las tres y media.

»Al señor duque de Richelieu.

»He tenido el honor de ir a su casa, señor duque, para darle a usted cuenta del estado de las cosas; todo marcha a las mil maravillas. He visto a los dos amigos: Villele accede al fin a ser ministro secretario de Estado sin cartera, si Corbiere consiente en entrar con el mismo título en la dirección de instrucción pública. Corbiere, por su parte, quiere entrar en estas condiciones, mediante la aprobación de Villele. Así, ya no hay dificultades: acabe usted su obra, señor duque; vea a los dos amigos, y cuando haya oído de su propia boca lo que le refiero, dará usted a Francia la paz interior, como ya le ha dado usted la paz con los extranjeros.

»Permítame que le someta una idea; ¿encontraría usted inconveniente en dar a Villele la dirección vacante por la retirada del señor de Barante? De ese modo sería colocado en una posición más igual con su amigo. No obstante, me ha dicho positivamente que consentiría en entrar en el consejo sin cartera, si se daba a Corbiere la instrucción pública. Sólo digo esto como un medio más de satisfacer por completo a los realistas, y de asegurarle una mayoría inmensa y firme.

»Tendré, por fin, el honor de hacerle observar a usted que, mañana por la noche, se verificará en casa de Piet la gran

reunión realista, y que sería muy útil que los dos amigos pudiesen decir alguna cosa que calmara todas las efervescencias e impidiese todas las divisiones.

»Como yo estoy, señor duque, fuera de todo este movimiento, confío que sólo verá usted en mí la lealtad de un hombre que desea el bien de su país y los triunfos de usted.

»Reciba, señor duque, la seguridad de mi distinguida consideración.

»CHATEAUBRIAND.»

«Miércoles.

»Acabo de escribir, caballero, al señor de Villele y al señor de Corbiere, invitándoles a venir esta noche a mi casa, porque en una obra tan útil no debe perderse un momento. Le doy a usted las gracias por haber hecho marchar el negocio tan rápidamente, y espero que llegaremos a una feliz conclusión.

»Esté usted persuadido, caballero, del placer que tengo en estarle obligado, y reciba la seguridad de mi alta consideración.

»RICHELIEU.»

«Permítame, señor duque, felicitarle por la feliz conclusión de este gran negocio, y aplaudirme por haber tenido en él alguna parte. Es en extremo conveniente que los decretos aparezcan mañana, pues harán cesar todas las oposiciones.

»Tengo el honor, señor duque, de renovarle la seguridad de mi consideración.

»CHATEAUBRIAND.»

«Viernes.

»He recibido con verdadero placer el billete que el señor vizconde de Chateaubriand me ha hecho el honor de escribirme, y creo que no tendrá que arrepentirse de haber contado con la bondad del monarca y con mi deseo de contribuir a lo que pueda serle agradable. Le suplico reciba la seguridad de mi consideración.

»RICHELIEU.»

«Hoy jueves.

»Sin duda sabéis, mi noble colega, que el asunto se terminó ayer noche a las once, y que todo se ha arreglado sobre las bases convenidas entre usted y el du-



tante, esbelta. Su rostro ovalado tiene una expresión de piedad y de melancolía; sus cabellos y sus ojos son negros, y éstos brillan con el fuego de su talento.»

Pero ahora mis cabellos son blancos; perdonad, pues, a la baronesa de Hohenhausen por haberme bosquejado en mi buen tiempo. El retrato es muy bonito; pero debo a mi sinceridad el confesar que no se parece.

El palacio Bajo los Tilos (*Unter den Linden*) era demasiado grande para mí; frío y medio ruinoso, sólo ocupaba una pequeña parte de él.

Entre mis colegas, ministros y embajadores, el único notable era el señor de Alopeus: después he encontrado a su mujer y a su hija en Roma al lado de la gran duquesa Elena. Si ésta hubiera estado en Berlín en vez de la gran duquesa Nicolás, su cuñada, yo habría sido más feliz.

El señor de Alopeus, mi colega, tenía la dulce manía de creerse adorado, y de verse perseguido por las pasiones que inspiraba: «A fe mía — exclamaba —, que no sé lo que tengo. Por todas partes donde voy me siguen las mujeres; pero la señora de Alopeus se ha adherido obstinadamente a mí.» Sucede en la sociedad privada lo mismo que en la pública; en la primera siempre hay adhesiones formadas y rotas, negocios de familia, muertes, nacimientos, penas y alegrías particulares; en la otra, siempre cambios de ministros, batallas perdidas o ganadas, negociaciones con las cortes, reyes que se van y monarquías que se derrumban.

En la época de Federico II, elector de Brandeburgo, apellidado *Diente de hierro*; en la de Joaquín II, medio prisionero por el judío Lippold; en la de Juan Segismundo, que reunió a su electorado el ducado de Prusia; en la de Jorge Guillermo el *Irresoluto*, que, perdiendo sus fortalezas, dejaba entretenerse con las damas de su corte a Gustavo Adolfo, y decía: «¿Qué hacer? Ellos tienen cañones.» El tiempo del gran elector, que sólo encontró en sus Estados montones de ceniza, que dió una audiencia a la embajada tártara, cuyo intérprete tenía la nariz de madera y cortadas las orejas; en tiempo de su hijo, primer rey de Prusia, que, despertado una noche de repente por su mujer, le cogió una fiebre muriéndose de miedo; bajo todos estos rei-

nados, todas las memorias no son más que una repetición de las mismas aventuras en la sociedad privada.

Federico Guillermo I, padre del gran Federico, hombre duro y bizarro, había sido educado por la señora Rocoules, la refugiada: amó a una joven que no pudo dulcificarlo; nombró al bufón Gundling presidente de la Academia real de Berlín; mandó encerrar a su hijo en la ciudadela de Custring, y delante del joven príncipe fué cortada a Quatt la cabeza; tal era la vida privada de aquellos tiempos. El gran Federico tuvo una intriga con una bailarina italiana, la Barbarini, única mujer a quien se aproximó en su vida: cuando se casó con la princesa Isabel de Brunswick, se contentó con pasar la primera noche de sus bodas tocando la flauta al pie de las ventanas de su esposa. Federico tenía el gusto de la música y la manía de los versos. Las intrigas y los epigramas de los dos poetas, Federico y Voltaire, inquietaron a la señora de Pompadour, al abate Bernis y a Luis XV: la margrave de Baireuth estaba mezclada en todo esto. Reuniones literarias en el cuarto del rey; después conciertos ante las estatuas de Antinoo, y grandes comilonas; más tarde mucha filosofía, libertad de prensa y bastonazos; por último, cierto pastel de anguilas que puso fin a los días de un gran hombre anciano que quería vivir: he aquí de lo que se ocupó la sociedad privada de estos tiempos de letras y de batallas. Y, sin embargo, Federico ha renovado Alemania, ha establecido un contrapeso al Austria, y ha cambiado todas las relaciones y todos los intereses políticos de la Germania.

La sociedad de Berlín me convenía por sus costumbres; entre cinco y seis se iba a las tertulias; a las nueve todo había concluido, y en seguida me acostaba, como si no hubiese sido embajador. El sueño devora la existencia, y esto es lo que tiene de bueno. «Las horas son largas y la vida breve», dice Fenelón. Guillermo de Humboldt, hermano de mi ilustre amigo el barón Alejandro, estaba en Berlín. Lo conocí de ministro en Roma, y, siendo sospechoso al gobierno, a causa de sus opiniones, hacía una vida retirada, aprendiendo, para matar el tiempo, todos los idiomas, y aun todos los dialectos de la tierra. El encontraba los pueblos, habitantes antiguos de un cielo, por denominaciones geográficas del país, y una de sus hijas hablaba indistintamente el griego antiguo y el grie-

go moderno: si hubiera venido a cuento, comiendo un día se habría hablado en sánscrito.

Adalberto de Chamisso vivía en el Jardín de Plantas, a alguna distancia de Berlín, y fui a visitarle en aquella soledad, donde las plantas se helaban en sus invernaderos. Era alto y de un rostro bastante agradable; sentí cierto atractivo por este desterrado, viajero como yo, pues él había visto aquellos mares del polo, donde yo me había envanecido de penetrar. Emigrado, como yo, había sido educado en Berlín en calidad de paje. Recorriendo Suiza, se detuvo un momento en Coppet, y en una expedición se encontró sobre el lago, donde creyó morir. Este mismo día escribía: «Ya veo que necesito buscar mi salvación en los grandes mares.»

Chamisso había sido nombrado por el señor de Fontanes profesor en Napoleonville, y después profesor de griego en Estraburgo; pero él rechazó la oferta con estas nobles palabras: «La primera condición para trabajar en la instrucción de la juventud es la independencia, y aun cuando yo admire el genio de Bonaparte, no puede convenirme.» Del mismo modo rehusó las ventajas que le ofrecía la Restauración, diciendo: «Yo no hice nada por los Borbones, y no puedo recibir el precio de los servicios y de la sangre de mis padres: en este siglo, cada hombre debe proveer a su existencia.» La familia del señor de Chamisso conserva este billete, escrito en el Temple de mano de Luis XVI: «Recomiendo al señor de Chamisso, uno de mis fieles servidores, a mis hermanos.» El rey mártir lo había ocultado en su seno para hacerlo entregar a su primer paje, Chamisso, tío de Adalberto.

La obra más interesante, tal vez, de este hijo de las musas, oculto bajo las armas extranjeras, y adoptado por los bardos de Germania, son sus versos, que escribió primero en alemán y luego tradujo al francés sobre el castillo de Boncourt, su residencia paterna:

«Bajo la nieve de mis cabellos encanecidos conservo aún los sueños de mi primera juventud; tú me persigues, fiel imagen, y renaces bajo la guadaña del tiempo. Desde el fondo de un mar de verde follaje, surge ese noble castillo; reconozco su tejado, sus torreones y sus cornisas. Los leones de nuestro escudo de armas conservan aún sus

amorosas miradas; yo os saludo corriendo y penetro en el patio del palacio. He allí todavía la esfinge de la fuente y la pomposa higuera donde se desarrolló la vana sombra de los sueños infantiles. Vuelvo a encontrar en la capilla la tumba de mi abuelo: ésa es la columna de donde pendían suspendidas sus armas. Mis húmedos ojos no pueden leer esos piadosos caracteres trazados en el mármol bañado en este momento por los rayos del sol. ¡Antigua morada de mis padres, te hallo enteramente parecida a mi propia existencia! ¡No te muestras ya tan altiva como en otros tiempos, el arado se ha paseado por tus praderas!... Tierra querida, continúa siendo fértil, yo te bendigo sinceramente; no dejes de recompensar el sudor del hombre, quienquiera que sea, que con su arado surca tu seno.»

Chamisso bendice al trabajador que labra la tierra de que fué despojado. Yo echo de menos a Combourg; pero, con menos resignación, aunque no haya salido de mi familia. Embarcado en el buque de guerra, dispuesto por el conde de Romanzof, el señor de Chamisso descubrió, con el capitán Kotzebue, el estrecho al Este del de Behring, dando su nombre a una de las islas desde donde Cook había entrevisto la costa de América. En el Kamchatka encontró el retrato de la señora Recamier, hecho en porcelana, y el cuentecillo *Peter Schlemihl*, traducido al holandés. El héroe de Adalberto, Peter Schlemihl, había vendido su sombra al diablo: mejor hubiera querido yo venderle mi cuerpo.

Me acuerdo de Chamisso como de la brisa insensible que hacía encorvar suavemente los trigos que yo atravesaba al volver a Berlín.

Conforme a un reglamento de Federico II, los príncipes y las princesas de la sangre no veían en Berlín al cuerpo diplomático; pero, merced al carnaval, al matrimonio del duque de Cumberland con la princesa Federica de Prusia, hermana de la difunta reina, y también a cierta infracción de etiqueta que me permitieron a causa de mi persona, según decían, tuve ocasión de encontrarme con más frecuencia que mis colegas con la familia real. Como visitaba de vez en cuando el gran palacio, encontré a la princesa Guillermina, que se complacía en llevarme a sus aposentos. Jamás he



visto una mirada más triste que la suya: en los salones inhabitados del castillo, que caían sobre el Sprée, me enseñaba un aposento habitado en ciertos días por una dama blanca, y estrechándose contra mí con cierto terror, tenía todo el aspecto de esa dama blanca. Por su parte, la duquesa de Cumberland me refería que ella y su hermana, la reina de Prusia, siendo ambas muy jóvenes, habían escuchado a su madre, que acababa de morir, hablarles detrás de las cortinas corridas de su lecho.

El rey, en cuya presencia caía yo al salir de mis visitas de curioso, me conducía a sus oratorios, me hacía notar el crucifijo y los cuadros, pidiéndome parecer sobre ellos, porque habiendo leído, decía, en *El Genio del Cristianismo* que los protestantes habían despojado demasiado su culto, encontraba justa mi advertencia. Aun no había caído en el exceso de su fanatismo luterano.

En el teatro de la Opera tenía yo un palco al lado del palco real, enfrente del escenario. Hablaba con las princesas, y el rey salía en los entreactos y lo encontraba en los corredores: mirando entonces si alguna persona podía escucharnos, me confesaba en voz muy baja su animadversión a Rossini y su amor a Gluck, extendiéndose en consideraciones sobre la decadencia del arte y sobre las notas destructoras del canto dramático: confesándose que no se atrevía a decir esto a nadie más que a mí, a causa de las personas que le rodeaban, y cuando veía a alguien, se metía apresuradamente en el palco.

Vi representar la *Juana de Arco*, de Schiller: la catedral de Reims estaba perfectamente imitada. El rey, que era formalmente religioso, soportaba, no sin cierto disgusto, la representación del culto católico en el teatro. El señor Spontini, el autor de *La Vestal*, era el director de la Opera. Su esposa, hija del señor Erard, era una mujer bastante agradable; mas parecía espiar la volubilidad del lenguaje de las mujeres por la lentitud que ponía en hablar: cada palabra, dividida en sílabas, expiraba en su boca, y si hubiera querido decirnos *os amo*, el amor de un francés hubiera podido extinguirse entre el principio y el fin de estas dos palabras. No podía terminar mi nombre, y jamás llegaba al fin sin cierta gracia.

El 13 de enero abrí el curso de mis

despachos con el ministro de Estado. Mi ingenio se adapta fácilmente a este género de trabajo; ¿por qué no? Dante, Ariosto y Milton, ¿no han sido tan buenos políticos como poetas? Seguramente que yo no soy Dante, ni Ariosto, ni Milton; Europa y Francia han visto, sin embargo, por el *Congreso de Verona*, lo que yo podría hacer.

Mi predecesor en Berlín me trató en 1816 como trataba al señor de Lameth en sus miserables versos al principio de la revolución. Cuando uno es tan amable, es conveniente no dejar detrás de sí registros, ni tener la rectitud de un oficinista cuando no se tiene la capacidad de un diplomático. Ocurre en los tiempos en que vivimos que una ráfaga de viento envía a vuestro puesto a aquel contra quien habíais declamado; y como el primer deber de un embajador es conocer los archivos de la embajada, acontece que uno se encuentra con notas en las que es tratado por mano de maestro. ¿Qué queréis? Estos talentos profundos, que trabajaban en el triunfo de la buena causa, no podían pensar en todo.

EXTRACTO DE LOS REGISTROS DEL SEÑOR DE BONNAY. — EL PARQUE. — LA DUQUESA DE CUMBERLAND.—CONTINUACIÓN DE MIS DESPACHOS.

Número 64.

22 de noviembre de 1816.

«Las palabras que el rey ha dirigido a la secretaría nuevamente formada de la Cámara de los Pares, han sido conocidas y aprobadas por toda Europa. Me han preguntado si era posible que hombres adictos al monarca, personas de su servidumbre y que ocupen empleos en palacio o en los cuartos de los príncipes, hubiesen podido, en efecto, dar sus votos para llevar al señor de Chateaubriand a la secretaría. Mi contestación ha sido que, siendo secreto el escrutinio, nadie podía conocer los votos particulares. «¡Ah!—exclamó un hombre principal—: si el rey pudiera cerciorarse de ello, creo que el acceso de las Tullerías sería cerrado al instante a esos servidores desleales.» He creído que nada debía responder, y nada he respondido.»

15 de octubre de 1816.

«Lo mismo sucederá, señor duque, con las medidas de 5 y 20 de septiembre,

pues una y otra sólo han de encontrar en Europa aprobadores. Pero lo que sorprende es que muy puros y dignos realistas sigan apasionándose por el señor de Chateaubriand, a pesar de la publicación de un libro que establece en principio que el rey de Francia, en virtud de la Carta, es solamente un ser moral, esencialmente nulo y sin voluntad propia. Si otro cualquiera hubiera aventurado semejante máxima, los mismos hombres, no sin apariencia de razón, lo habrían calificado de jacobino.»

Por los despachos del señor de Bonnay y por los de algunos embajadores del antiguo régimen, me parece que estos despachos trataban menos de negocios diplomáticos que de anécdotas relativas a personajes de la sociedad y de la corte. Por esto Luis XVIII y Carlos X, gustaban mucho más de las cartas divertidas de mis colegas que de mi seria correspondencia. Yo pude reírme y burlarme como mis antecesores; pero había pasado la época en que las aventuras escandalosas y las intrigas se ligaban en los negocios. ¿Qué bien habría resultado a mi país del retrato del señor de Hardenberg, guapo anciano, blanco como un cisne, sordo como una tapia, que iba a Roma sin licencia, divirtiéndose con todo, creyendo en toda clase de sueños, y entregado al magnetismo en manos del doctor Kóreff, a quien encontré a caballo galopando por sitios extraviados entre el diablo, la medicina y las musas?

Este desprecio por una correspondencia frívola me hacía decir al señor Pasquier en mi carta del 13 de febrero de 1821, número 13:

«No le hablo, señor barón, según costumbre, de recepciones, bailes ni espectáculos, ni le hago retratos ni sátiras inútiles, porque intento sacar a la diplomacia de los chismes de comadres. El reinado de lo común volverá cuando pase el tiempo extraordinario: en la actualidad sólo se debe pintar lo que ha de vivir, y no atacar más que lo que amenaza.»

Berlín me ha dejado un recuerdo durable, porque la naturaleza de los recreos que allí encontraba me conducía a los tiempos de mi infancia y de mi juventud; sólo que unas princesas muy reales reemplazaban el lugar de mi sílfide. Viejos cuervos, mis eternos amigos, venían

a posarse en los tilos que estaban delante de mi ventana, y yo les echaba de comer: cuando habían cogido un pedazo grande de pan, lo soltaban con una destreza inimitable para coger otro más pequeño, de modo que pudiesen agarrar otro un poco más grueso, y así, sucesivamente, hasta el trozo capital, que, en la punta de su pico, impedía que pudiesen caer los que tenía dentro. Terminada la comida, el pájaro cantaba a su manera: *cantus cornicum ut secla vetusta*.

Lo que se llama el parque en Berlín, es un bosque de encinas, hayas y tilos de Holanda, situado en la puerta de Charlottenburgo y atravesado por el camino que conduce a esta residencia real. A la derecha hay un Campo de Marte, y a la izquierda una porción de tabernas.

En el interior del parque, que entonces no estaba abierto en avenidas regulares, se encontraban praderas y sitios salvajes con bancos de piedra, en los cuales la joven Alemania había grabado con un cuchillo corazones atravesados con puñales: en uno de éstos se leía el nombre de *Sand*. La naturaleza viva se reanimaba antes que la naturaleza vegetal, y una gran cantidad de ramas negras eran devoradas por ánades en las aguas medio desheladas: estos ruiseñores *abrian la primavera en los bosques de Berlín*. A pesar de esto, el parque no dejaba de tener algunos lindos animales: las ardillas circulaban sobre las ramas, o jugueteaban en el suelo, haciendo pabellones con sus colas, y cuando yo me acercaba a la fiesta, los actores se encaramaban al tronco de las encinas, gruñendo al verme pasar por debajo de ellos. Pocos paseantes frecuentaban el bosque, cuyo piso desigual estaba cortado con canales. Algunas veces me encontraba un viejo oficial gotoso, que me decía muy contento, hablándome del pálido rayo de sol bajo el cual yo tiritaba: «¡Cómo pica el sol!» De vez en cuando me encontraba al duque de Cumberland, a caballo, y casi ciego, detenido ante una haya de Holanda, contra la que acababa de tropezar. También cruzaban algunos coches tirados por seis caballos, que conducían a la embajadora de Austria o a la princesa de Radzivill, con su hija, de quince años, encantadora como una de esas nubes con rostro de virgen que rodean la luna de Osían. Casi todos los días la duquesa de Cumberland daba el mismo paseo que yo, volviendo unas veces de socorrer en su cabaña a una pobre mujer de Span-